

LA DISTINCIÓN MARXISTA ENTRE CIENCIA E IDEOLOGÍA

(Ideología e ideologismo)

EL CONCEPTO de ideología es un instrumento indispensable para el conocimiento de la realidad humana en general, así como para una eficaz intervención en esa misma realidad. Para comprender y para actuar, el análisis crítico de las ideologías se presenta como una necesidad siempre creciente, en un territorio de donde no sería lícito excluir la producción científica y filosófica. Pero la propia eficacia del uso de ese concepto exige un esfuerzo por descontaminarlo de ciertos mitos de los cuales muchas veces va acompañado.

Los mitos que se han desarrollado en torno al concepto de ideología se articulan en una tendencia que llamaré (y no soy el primero en hacerlo) "ideologismo". ¿Qué es el ideologismo? Es la posición de los que sostienen que toda y cualquier forma de discurso debe ser encarada como ideología —desde la novela hasta las ciencias, desde el periodismo, o la propaganda, hasta la poesía y la filosofía. Teorías científicas o filosóficas, artículos periódicos, discursos políticos, textos de publicidad comercial, actas municipales o de empresas privadas, obras de historiadores, textos jurídicos, leyes y constituciones políticas... la lista sin duda podría ser más completa, pero tal vez esta enumeración sea suficiente para sugerir la inmensa variedad de la práctica discursiva que el ideologismo pretende definir, o por lo menos, definir esencialmente en términos de ideología. La diferencia entre el artículo polémico y la obra científica, o entre el elogio de un hombre político y el análisis sociológico, pasa a un segundo plano sin importancia. Pero entonces, ¿qué debe entenderse, en este contexto, por "ideología"?

Sería inútil buscar cualquier esclarecimiento en los textos de los propios ideólogos, que parecen encontrar un placer muy especial en evitar toda explicación clara, lo que tiene el efecto (sea o no intencional) de esconder la naturaleza de la ideología, como un secreto esotérico, de los ojos del vulgo. Pero afortunadamente no precisamos de ellos: el concepto de ideología es un concepto formulado por Marx, que puede ser comprendido con sólo recurrir a sus textos, y no a los de sus divulgadores y deformadores.

Para Marx una ideología es un sistema de ideas cuya función es la defensa de determinados intereses de clase. Las ideologías se presentan como un discurso verdadero sobre su objeto (el mundo de los hombres o el de la naturaleza), pero en realidad son una deformación de ese objeto. Cada una de ellas no pasa de ser un sistema de ilusiones: las ilusiones que mejor convengan a determinado grupo social, en conflicto con otros grupos.

Es en la *Ideología alemana* donde Marx mejor define este concepto. La ideología es definida como una *inversión* de la realidad: "en toda ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos, como en una cámara oscura".¹ Esa inversión puede servir a la clase dominante, pero no todos los miembros de ésta desempeñan el mismo papel: unos son "los ideólogos activos creadores de conceptos", que "perfeccionan las ilusiones que esa clase tiene sobre sí misma"; en cuanto a los restantes "adoptan frente a estas ideas e ilusiones una actitud más pasiva y receptiva" (p. 192). Esta es una forma *primaria* de manifestación de la conciencia humana: "La producción de las ideas y representaciones de la conciencia aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, en cuanto lenguaje de la vida real. La actividad de representar, de pensar, el comercio espiritual de los hombres, se presenta aquí como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo acontece con la producción espiritual, tal como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo" (pp. 156-157). La práctica ideológica, por lo tanto, se limita a prolongar la práctica material de vida: en la práctica social los hombres y los grupos luchan por sus intereses, y las ideologías son la continuación de esa lucha por otros medios.

La introducción del concepto de ideología ciertamente fue una de las más importantes contribuciones de Marx. Muchas creaciones humanas vienen así a ser iluminadas por una nueva luz: demitificadas, y por eso mismo mejor conocidas. Demitificación que se hace fundamentalmente a la luz de la contribución de Marx, aun cuando los analistas no se identifiquen enteramente con las tesis principales del marxismo. Pero después aparecerán los ideólogos. Frente a los desafíos de la práctica, y tal vez por sentir frente a ella una cierta confusa importancia, se reflejan, paradójicamente, en la "teoría" (en la pura teoría...) pasando a obtener un sinnúmero de imaginarias "victorias" en la denuncia sistemática, como mera ideología, de todo y cualquier discurso que no les parece merecedor de aprobación.

No obstante el extremo empobrecimiento intelectual que manifiesta, al reducir todo discurso a un nivel único, sin mayor esfuerzo de análisis, la tendencia de los ideólogos podría una vez más ser considerada como un fenómeno de poca importancia, como una molestia, entre otras, propia de adolescentes. Y esto, a pesar de estar normalmente acompañada por el vicio bien conocido que es el delirio obsesivo de citar incansablemente textos de autores tomados como autoridades sagradas, generando el equivalente de una nueva y no menos intolerante escolástica. Es más grave, sin embargo, que el ideologismo haya caído en la trampa en que tantas veces cayó la primera escolástica. Sabido es cuántas veces ésta usaba la autoridad de Aristóteles para sus

¹ Karl Marx, *Idéologie Allemande*, tr. J. Molitor, en *Oeuvres Philosophiques* (Paris: Alfred Costes, Editeur, 1953), Vol. VI, p. 157.

tentar cosas que nada tenían de aristotélicas.² De manera semejante, lo que hace grave la dolencia del ideologismo, aparte de la facilidad de contagio que le comunica el simplismo y esquematismo de que padece, es el hecho de que el contagio se favorece por la profusa utilización que se hace, en defensa de las tesis ideologistas, del nombre de Marx.

Ahora bien, Marx estaba lejos de ser un ideologista. Si acaso la *Ideología alemana* pudiese dejar alguna duda al respecto del verdadero carácter del marxismo de Marx, en cuanto al problema de la ideología, un texto de otra de sus obras permitiría esclarecer la cuestión: "Es preciso distinguir siempre entre dos órdenes de cosas: las mudanzas materiales ocurridas en las condiciones económicas de producción, que deben ser apreciadas con el rigor propio de las ciencias naturales; y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de ese conflicto y lo llevan hasta el fin."³

Nótese bien la expresión: "que deben ser apreciadas *con el rigor propio de las ciencias naturales*". Nótese además que en su enumeración de las formas ideológicas Marx no incluye a las *ciencias*. Claramente, para Marx hay formas de pensamiento y de discurso que no son reducibles a mera ideología. En primer lugar a las referidas ciencias naturales —y al atribuirles rigor es obvio que Marx se está colocando del lado opuesto de las ideologías. Estas se caracterizan, como vimos, por la inversión de las relaciones reales, y por ser ilusiones o perfeccionamiento de ilusiones, emanadas directamente del comportamiento material y que son simples defensas de intereses de clase. El texto no se limita a establecer una distinción entre la realidad (las mudanzas materiales efectivas) y la ideología que deforma esa realidad, sino que la establece también entre el conocimiento verdadero que reproduce fielmente esa realidad, y la ideología, de función continua e irreductible.

Existe por lo tanto, para Marx, una práctica discursiva distinta de la ideología, y el discurso producido por esa práctica es la expresión de un conocimiento riguroso y exacto. Nótese que esta manifiesta obviedad jamás fue, que yo sepa, negada frontalmente por algún ideologista conocido. Todo ideologista menos primitivo es capaz de entrever el callejón sin salida en que con tal negativa se iría a meter. En efecto, si todo discurso es ideológico (esto es, ilusión de clases) la propia afirmación de que todo discurso es ideológico forzosamente también es ideología (esto es, ilusión de clases), y espero que nadie esté preparado para sustentar vehementemente una ilusión de clases como si fuese una aserción verdadera. . .

Se trata de una nueva forma de la vieja trampa del escepticismo: si nada es verdadero, esta afirmación tampoco lo es, luego algo es verdadero. . . Y así

² Cf. Alasdair MacIntyre, *Marcuse* (Londres: Fontana, Collins, 1972), p. 78.

³ Prefacio a *Critique de l'Economie Politique*, tr. M. Rubel y L. Evrad, en *Oeuvres de Karl Marx* (París: Gallimard, 1963), vol. I, p. 273.

hasta el infinito. No. El ideologista típico quiere evitar la retórica, para lo cual va a caer en otra: la deformación del pensamiento de Marx. Sosteniendo para esto que sólo su propia obra no es ideológica, o lo que esté de acuerdo con una cierta perspectiva de clase. Ahora bien, Marx nunca sostuvo ni una cosa ni la otra, conforme se verá más adelante.

Pero hay otra solución muy acostumbrada por los ideologistas frente a esta trampa: decir que las ciencias exactas y naturales, claro, sin duda, son otra cosa, que ahí hay conocimiento verdadero (discurso no ideológico), pero que en cuanto a la realidad humana y social todo es ideología —con excepción de la obra de Marx y de algunos marxistas ilustres (no siempre son los mismos. . .) y, claro está, el discurso del propio ideologista que habla y el de su grupo. Ahora, este es un abuso que de ningún modo está autorizado por la obra de Marx.

Simplemente no es verdad, al contrario de lo que frecuentemente se pretende, que Marx indique, como criterio único del carácter científico del conocimiento, una perspectiva de clase o cosa equivalente. El principio de la primacía de la práctica sobre la teoría no sirve, en Marx, para justificar distinciones de esa especie. Está claro que una importante contribución marxista fue apuntar que la ciencia está por encima de la totalidad social, que ella no es necesariamente independiente de las determinaciones de orden político. Pero para Marx lo que define el verdadero conocimiento científico es justamente la autonomía que él es capaz de adquirir, dentro de la totalidad social evidentemente, pero no significando esto que las condiciones de su producción sean *idénticas a las de la ideología*. Por el contrario, el conocimiento científico se define por una *ruptura* en relación con el terreno de la producción ideológica.

Hay una frase de Marx que ha sido citada innumerables veces en apoyo de las tesis de tipo ideologista: “No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia.” Esta frase se encuentra en la misma página del prefacio a la *Crítica de la economía política* donde, como vimos, Marx afirma la necesidad de establecer una distinción entre ideología y conocimiento científico (p. 273). Lo que generalmente se escamotea es que esta frase se refiere al nivel ideológico de la conciencia, no a toda conciencia posible. Es muy fácil hacer citas fuera de su contexto, traicionando este mismo contexto —y desafortunadamente es precisamente ésto lo que se acostumbra con éste y muchos otros pasajes de la obra de Marx. Lo que es más difícil, y que los ideologistas siempre impiden, es tratar de resolver la dificultad que resulta de la confrontación de estos dos pasajes de la *Crítica*, que vistos superficialmente podrían parecer contradictorios: si hay la existencia social que determina la conciencia, ¿cómo es posible una conciencia capaz de *apreciar exactamente*

las mudanzas materiales ocurridas en la sociedad?, ¿cómo es posible que de esa conciencia determinada venga a salir el conocimiento científico?

La respuesta correcta no es que esa conciencia sólo puede ser una cierta conciencia de clase. No para Marx, en todo caso. Y para resolver este problema tal vez sea útil un texto que difícilmente algún ideólogo tendría el coraje de calificar como un ejemplo de ideología burguesa: el texto de *El capital*. En el Libro Primero, Marx discute las modificaciones ocurridas en el terreno de la economía teórica, y afirma que a partir de 1830 la lucha de clases asume formas cada vez más amenazadoras. "Las campanas tocan a doble anunciando el fin de la *economía burguesa científica*. De ahora en adelante, no se trata más de saber si este o aquel teorema es verdadero, sino si es bueno o malo, si es o no del agrado de la policía, si es útil o nocivo para el capital. La pesquisa desinteresada da lugar al pugilato pagado, a la investigación conienzudamente deshonesto, a los miserables subterfugios de la apologetica." ⁵

Una vez más, Marx distingue. Y no veo qué argumentos podrían venir a negar que se establece una distinción entre, de un lado, la ideología burguesa imperante a partir de 1830, y del otro lado la *ciencia burguesa de la economía* anterior a esa fecha. No veo qué sofismas podrían ocultar el hecho de que en este texto Marx reconoce el *carácter científico* de la economía política clásica —¿qué otro sentido puede tener la referencia a los estudios *científicos imparciales*? ¿Será posible confundir la ideología con ese terreno donde lo que es importante es saber si un teorema es verdadero?

Pero: en el mismo libro de *El capital* Marx declara: "Las categorías de la economía burguesa son formas del intelecto que tienen una *verdad objetiva*, en la medida en que reflejan relaciones sociales reales" (p. 610). Tal afirmación es manifiestamente incompatible con cualquier ideologismo: lo que tenemos aquí es un criterio científico que no es reducible a una perspectiva de clase; la verdad objetiva de una ciencia. No quiero aquí proceder a la discusión de este criterio. Constato solamente qué es lo que dice Marx en *El capital*.

A este último texto, Marx añade que las relaciones sociales referidas pertenecen sólo a una época histórica determinada, en la cual el modo de producción social es el modo de producción mercantil. Lo que significa simplemente que la pretensión, frecuente entre los economistas clásicos, de una validez universal y eterna de esas categorías es para Marx un ejemplo de discurso ideológico —afirmar la universalidad de una cierta estructura social, cuando esa universalidad no puede ser científicamente sustentada, constituye una

⁴ Nótese que, en la obra donde procede sistemáticamente a una crítica de la ideología, Marx declara explícitamente dejar de lado el problema de las ciencias naturales. Cf. *Idéologie Allemande, op. cit.*, p. 153.

⁵ Karl Marx, *Le Capital*, tr. J. Roy, M. Rubel, M. Jacob y S. Voute en *Oeuvres de Karl Marx* (Paris: Pléiade, Gallimard, 1963), vol. I, p. 554; cursivas mías.

defensa de los intereses de la clase dominante de esa sociedad. Pero lo que recibe de Marx la tacha de ideología es apenas esa pretensión, no las categorías en sí mismas. Estas fueron, en cuanto propias de una determinada época, el descubrimiento verdadero de una ciencia anterior a Marx, una ciencia que no puede ser confundida con una ideología. Y que, como ya se ha dicho, si se distingue de la ideología no es en virtud de cualesquiera "determinaciones políticas", sino en virtud de su verdad.

Es idéntica la posición asumida por Marx en su *Historia de las teorías económicas*. Los fisiócratas son considerados ahí como "los verdaderos creadores de la economía moderna", que según Marx cometieron sólo un error: "concebir las leyes materiales de una determinada fase histórica de la sociedad como leyes abstractas que dominan uniformemente todas las formas sociales".⁶ Y en esa misma obra Marx reconoce "el gran significado histórico" y el "mérito científico" de David Ricardo, debido a su concepción de la determinación del valor a través del tiempo de trabajo, y además le reconoce haber descubierto "el antagonismo económico de las clases", y que "las raíces de la lucha y del proceso de desarrollo histórico están en la economía". Y cuando pasa a la crítica de Ricardo no es en términos de ideología sino más bien apuntando a "la imperfección científica de su procedimiento", imperfección que encuentra en la concentración de toda la verdadera teoría de Ricardo en los primeros seis capítulos de su obra (*The principles of Political Economy and Taxation*); en cuanto a los restantes veintiséis contienen aplicaciones, mezcladas entre sí y sin la estructuración de esa teoría. Marx elogia sobre todo los dos primeros capítulos y añade: "Pero la satisfacción teórica producida por estos dos primeros capítulos, debido a su originalidad, unidad de concepción, simplicidad, concentración, profundidad, novedad y concisión sustanciosa, se pierde necesariamente en el desarrollo de la obra. (...) A continuación casi no ofrece nuevas contribuciones teóricas."⁷ Así, lo que Marx encuentra en los fisiócratas y en Ricardo son contribuciones científicas y contribuciones teóricas, y no el simple reflejo ideológico de intereses de clase, y lo que les opone son críticas de carácter científico y teórico, y no las dogmáticas y simplistas "denuncias" que vendrían a ser la marca registrada de la "crítica" ideologista.

No es sólo en la economía política burguesa que Marx reconoce explícitamente la presencia de un conocimiento científico, cuya verdad se presenta como autónoma en relación a determinaciones de clase. En su carta a Weyfemayer, del 5 de marzo de 1852, escribe: "ningún crédito se me debe conceder por haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, o la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, los *historiadores burgueses* habían

⁶ Karl Marx, *Storia delle Teorie Economiche*, tr. Elio Conti, (Turín: Einaudi), vol. I, p. 43.

⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 13-17.

descrito el desenvolvimiento histórico de esta lucha de clases, y los *economistas burgueses* la anatomía económica de las clases.”⁸ Por lo tanto no fueron sólo los economistas, sino también los historiadores, quienes según Marx habían iniciado la ciencia verdadera del estudio de *la lucha de clases*. Y la instancia productora de esa ciencia obviamente no fue la propia lucha de clases, puesto que se trataba de historiadores *burgueses*. A menos que se sostenga que la situación de clase y la conciencia de clase del burgués *también* son responsables por la producción de conocimientos verdaderos. . .

En la *Introducción general* de 1857 Marx reconocía, igualmente, que los economistas clásicos ya desde el siglo xvii empleaban “el método científicamente exacto”.⁹ Por lo tanto para él el método científicamente exacto es el producto de una perspectiva de clase, es el método usado por los científicos burgueses y por él mismo (que ciertamente pensaba usar, también, el método científicamente exacto) —a pesar de que Marx tenía una perspectiva muy diferente de las perspectiva burguesa. Sin duda, para Marx no siempre los economistas mantienen esa calidad científica. Ya vimos el caso de la pretendida universalidad de sus categorías, y sin duda Marx procede a una crítica cerrada y acerba de las obras de los economistas. Pero al hacerlo establece un criterio de demarcación en el interior de la obra de cada uno de ellos. A este respecto es significativa la distinción que establece en el caso de Malthus.

“Cabe a Malthus la honra de haber constatado la prolongación de la jornada de trabajo, sobre la cual llama directamente la atención en . . . su panfleto [*Inquiry into the Nature and Progress of Rent*], en cuanto a Ricardo y otros, frente a los datos más escandalosos, basaban todas sus investigaciones en la jornada de trabajo tomada como magnitud constante. Pero los intereses conservadores de los cuales Malthus era un humilde lacayo le impidieron ver que la extensión desmesurada de la jornada de trabajo, junto al desenvolvimiento extraordinario del maquinismo y la creciente explotación del trabajo de las mujeres y los niños, debía hacer ‘supernumeraria’ una gran parte de la clase trabajadora tan pronto como terminara la guerra e Inglaterra hubiera perdido el monopolio del mercado mundial. Era naturalmente más cómodo y más conforme a los intereses de las clases reinantes, que Malthus se valiera de la adulación, y explicara esa ‘sobrepoblación’ por las leyes eternas de la naturaleza, en vez de las leyes históricas de la producción capitalista.”¹⁰ La demarcación está bien definida. Primero hay un descubrimiento del cual otros economistas fueron incapaces, una contribución científica importante. Pero se da una ruptura, y de científico que era el discurso se torna ideológi-

⁸ Marx & Engels, *Selected Correspondence*, tr. I. Lasker (Moscú: Progress Publishers, 1965), p. 69; cursivas mías.

⁹ Karl Marx, *Introduction Générale a la Critique de l'Economie Politique*, en *Oeuvres de Karl Marx*, tr. M. Rubel y L. Evrard, Paris: Pléiade, Gallimard, 1963), vol. I, p. 225.

¹⁰ Karl Marx, *Le Capital*, *op. cit.*, vol. I, p. 1022, nota.

co. Y esto en un punto preciso, en el enunciado que atribuye falsamente la sobrepoblación a las leyes naturales eternas, enunciado que es producido por determinantes *ideológicos* que Marx de modo alguno había ligado a la producción de los enunciados científicos presentes en la obra de Malthus.

En resumen: para esta demarcación es sin duda indispensable a Marx la referencia a los presupuestos político-ideológicos de los economistas. En determinados momentos se pierde el carácter científico de la economía política, y Marx aplica al discurso surgido en esos momentos el concepto de ideología. Pero este concepto es utilizado como instrumento de *explicación* de esos momentos de falsa conciencia de los economistas, y nunca como criterio de demarcación, capaz por sí sólo de permitir la distinción entre la falsa y la verdadera ciencia.

La economía política es para Marx una verdadera ciencia, anterior a su propia ciencia, y que de modo alguno puede ser reducida a ideología. Sucede simplemente que el objeto de esa ciencia toca muy de cerca los intereses de los hombres, y por tanto es natural que frecuentemente la ideología venga a substituir el discurso científico, imponiéndose a él. Mucho antes de Marx, ya Hobbes apuntaba la inevitable infección ideológica de ciertas ciencias. Recuerda el *Leviatán* que muchas veces los hombres "apelan a la costumbre para justificar la razón, y a la razón para justificar la costumbre, conforme más les conviene, aferrándose a la costumbre cuando sus intereses lo exigen, y enfrentándose a la razón siempre que la razón está contra ellos. Es esta la causa por la cual la doctrina del bien y del mal es objeto de permanente disputa. Tanto por la pluma como por la espada, mientras que con la doctrina de las líneas y las figuras no ocurre lo mismo, dado que a los hombres no les preocupa cual es la verdad en este último asunto, como cosa que no se opone a la ambición, a la codicia o al lucro de nadie. Pues no hay duda de que, si acaso fuere contraria al derecho de dominio de alguien, o a los intereses de los hombres que poseen dominio, la doctrina según la cual los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos ángulos de un cuadrado habría sido, si no objeto de disputa, por lo menos suprimida, mediante la quema de todos los libros de geometría, en la medida en que los interesados en ello fueran capaces." ¹¹

También Marx establece la oposición entre la verdadera investigación científica y la deformación del discurso científico en función de los intereses de los hombres. "En el terreno de la economía política, la *investigación libre y científica* encuentra muchos más enemigos que en otros campos de exploración. La *naturaleza particular del asunto*, que ella trata hace que se levanten contra ella, trayéndolas al campo de batalla, las pasiones más vivas, más mezquinas y más detestables del corazón humano, todas las furias del interés

¹¹ Thomas Hobbes, *Leviatán*, tr. João Paulo Monteiro e Maria Beatriz Nizza da Silva, (São Paulo: Ed. Abril, 1974, p. 67).

privado. La Alta Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, perdonará más fácilmente un ataque contra treinta y ocho de sus treinta y nueve artículos de fe que contra un treintavo de sus rentas.”¹² Frente a este texto de Marx, de nada serviría al ideologista el habitual sofisma de pretender que se trata apenas de una diferencia de grado, y que todas las ciencias son de alguna manera reducibles a ideología, y no quedan sólo como economía o como ciencia política. Dejando de lado la validez de esta tesis, me limito aquí a subrayar lo evidente: que ella no es una tesis marxista. Si Marx habla claramente de investigación libre y científica, ¿cómo rechazar que para él ésta se distingue radicalmente de la ideología, trátase de la ciencia que se trate, y se distingue precisamente por su mayor distancia en relación a los mismos intereses de clase que definen y determinan el discurso ideológico?

Para Marx, la ideología muchas veces se presenta envuelta en los ropajes de la ciencia. Pero eso no significa que el análisis marxista no sea capaz de levantar el velo, y distinguir la verdadera ciencia de las diversas ideologías. Esta diferencia está claramente indicada en otro texto de *El capital*: “Dejaré sentado de una vez para siempre que entiendo por *economía política clásica* toda la economía que, a partir de William Petty, procura penetrar en el conjunto real e íntimo de las relaciones de producción en la sociedad burguesa, por oposición a la *economía vulgar*, que se contenta con la apariencia, rumia incesantemente los materiales ya elaborados por sus predecesores, para satisfacer sus propias necesidades y para vulgarizar los más groseros fenómenos, y se limita a erigir pedantescamente en sistema y a proclamar como verdades eternas las ilusiones con las cuales los burgueses gustan de poblar su propio mundo, el mejor de los mundos posibles” (I, p. 604; las cursivas son mías).

Toda la postura de Marx, frente a los economistas clásicos, es la de un hombre de ciencia en oposición a otros hombres de ciencia. Cuando se opone a ellos es para rebatir sus argumentos, científicamente, oponiendo a determinados enunciados de las teorías clásicas su ciencia del capital y extrayendo de la argumentación científica que desenvuelve, como conclusión, la falsedad de numerosos puntos de las teorías opuestas a la verdad de sus propias tesis en cuanto a esos puntos. En relación a los que escribían después, y no ya antes de él, su actitud es idéntica: “Todo juicio inspirado por una crítica verdaderamente científica será bienvenido” (*Ibid.*, p. 551).

El ideologismo rechaza esta apelación al debate científico que Marx nos dirige, y prefiere a la crítica científica la técnica eclesiástica de la excomunión: la única diferencia entre ésto y algunos de los momentos más negros de la Alta Edad Media es que, en vez de la calificación dogmática de “réprobo” o de “hereje”, tenemos ahora la calificación dogmática de ideólogo. En el Libro Tercero de *El capital* la actitud adoptada es muy otra: Marx tiene

¹² Karl Marx, Prefacio de la primera edición de *El capital*, *op. cit.*, pp. 550-51; cursivas mías.

perfecta conciencia de que sus argumentos no podrían iniciarse con una acusación no fundamentada de ideología, dirigida a los autores que critica. Sin duda, el mercantilismo es acusado ahí de haber sido capaz solamente "de captar la apariencia de las cosas" lo que implica una acusación de ideología. Pero la acusación descansa sobre un argumento científico: el mercantilismo no sabe hacer incidir el análisis teórico sobre el proceso de producción, sino sólo sobre el proceso de circulación. Al mismo tiempo, Marx confirma la calidad científica de la economía política clásica, al recordar el análisis del proceso de producción inauguró "la verdadera ciencia de la economía moderna".¹³ Lo que viene primero es siempre la discusión científica del discurso de los economistas, mercantilistas o fisiócratas, "clásicos" o "vulgares". Así después, en un segundo lugar, Marx pasa a interpretar las fallas de las teorías económicas, o sus puntos débiles, explicándolos por causas ideológicas, esto es, y en el límite: por intereses de clase.

Ni la ciencia burguesa aparece como condenada al purgatorio de la ideología, ni la verdad científica aparece como determinada únicamente en función de la lucha de clases. Nótese bien: cuando Marx acentúa que la ciencia de los economistas surge en un período en que aún no se desenvuelve la lucha de clases, esto es, anteriormente a 1830 (en el texto de *El capital* citado arriba, p. 7), en ningún momento sugiere que esa carencia de desarrollo de la lucha de clases sea criterio de científicidad, que ella "determine" la verdad científica. Lo que él dice es muy diferente: es el agudizamiento de la lucha de clases, por cambios en aquella fecha que determinan la ruptura de la ciencia de la economía, por lo que la ideología pasa a desempeñar un papel mucho más importante (papel ese que, en consecuencia, *no siempre es el mismo*) en la producción del discurso teórico, o que se presenta con pretensiones teóricas.

Esta reflexión de Marx en torno al virage de 1830 tiene otra consecuencia importante. Si antes de esa época, para Marx, la lucha de clases todavía no se desarrollaba, en tanto hay una clara incompatibilidad entre lo que se afirma en la carta de 1852 citada arriba y un dogma ideológico de los más conocidos: que la ciencia, y particularmente la ciencia de la historia, sólo puede constituirse a partir del momento en que la lucha de clases se desenvuelve. La referida carta afirma de manera inequívoca la existencia de esa ciencia de la historia, y más: una ciencia que hace descubrimientos absolutamente centrales para la teoría marxista; y esto mucho antes de Marx, como él mismo acentúa; por lo tanto en una época en que según él mismo el desarrollo de la lucha de clases era reducido. Es así que no son sólo las ciencias naturales, sino también las ciencias humanas como la economía y la historia, aquellas cuyo desarrollo tiene, para Marx, un estatuto de autonomía en relación a determinaciones de conciencia por la existencia social.

¹³ *Op. cit.*, vol. II, pp. 1104-5.

Insistir en que se trata apenas de una autonomía relativa, insistencia que las más de las veces tiene como única función, contra Marx, la de vincular una negación groseramente determinista de cualquier autonomía, de ninguna manera podría anular la profundidad del corte operado por el marxismo entre ciencia e ideología. Escamotear esa relatividad esconde mal la paupérrima postura epistemológica que está detrás: un *reduccionismo*.

La obsesión favorita de los ideólogos es reducir todo discurso, cerrando los ojos a toda diferencia, al nivel único de ideología. Cueste lo que costare —y les cuesta bien caro: se torna imposible evitar que también el vocabulario de los ideólogos se caracterice por la más extrema pobreza. Desesperados por lograr aplastar todo discurso hasta reducirlo a las proporciones exigidas por sus dogmas, los ideólogos dan un viraje para buscar el fundamento, real o imaginario, del discurso en general. Pasan así a preguntar sólo a quién sirve el discurso, qué intereses se esconden detrás de él —y otras interrogaciones igualmente imprecisas o vacías.

En su arbitrariedad, la operación de los ideólogos es muy simple: primero postulan dogmáticamente, como “esencia” de cada discurso, su carácter de *instrumento*, despreciando todos los otros niveles de análisis. Partiendo de lo que se ignora se pasa a la interrogación sobre el fundamento de ese instrumento. Pero hay algo más grave todavía: este es el único fundamento *posible* —esto es, alguno que el ideólogo tiene la voluntad de imaginar. Al lograr descubrir, *como es inevitable*, una posible fundamentación ideológica del discurso, él ríe de júbilo e inmediatamente se siente autorizado a proceder a su primera reducción, gritando que se trata de una ideología.

Es contra esta indigencia teórica que se yergue, por ejemplo, Claude Lefort, rechazando el ideologismo cuando se aplica al discurso político:

Juzgamos una ficción la tesis que desacredita los principios del discurso demográfico *reduciéndolo* a los enunciados de la democracia burguesa, enhorabuena notemos ahí una tentativa imposible por hacer de lo constituyente lo constituido. En nuestros días la crítica de una fracción de la *intelligentzia* se desenvuelve sobre esa confusión, *viendo señales de ideología en todas partes*, multiplicando sus condenas contra el discurso político como tal, contra el discurso económico, jurídico, filosófico o pedagógico, sin ser capaz de medir lo que se puso y aún se pone en juego aquí y allá cada vez que, a partir del saber constituido, se realiza meramente la tentativa de colocar el pensamiento en contacto con lo constituyente.¹⁴

Entre tanto, y a pesar de la patente imposibilidad de rechazar, en la obra de Marx, el claro sentido anti-ideologista de las tesis aquí mencionadas, tal vez sea lícito interrogarnos, aun así, en cuanto a la posibilidad de una última trinchera para la argumentación (pase el término), del ideologismo.

¹⁴ Claude Lefort, “Esboço de uma gênese da ideologia nas sociedades modernas”, tr. Marilena de Souza Chavi, en *Estudos Cebrap*, N^o 10 (São Paulo, 1974), pp. 25-26; cursivas mías.

No que esa trinchera pudiese cavarse con el auxilio de una negativa cabal del anti-ideologismo de Marx, porque la negación de la distinción marxista entre ideología y ciencia, o de la autonomía de esta última, vendría a consumir la desintegración de la última apariencia de racionalidad de la posición ideologista.

No me propongo conceder al adversario el derecho de refugiarse en una irracionalidad que ahora no beneficiaría más que a alguna simulación. Pero sería aún razonable admitir que el ideologista encontrase ese último refugio en la afirmación de carácter *contradictorio* de la obra de Marx. Sería una posición de cierta gravedad y hasta quizá un tanto comprometedora, pero de cualquier modo se trata de una hipótesis que se va a examinar.

Se trataría de salvar la legitimidad del ideologismo marxista afirmando simplemente que Marx es efectivamente el autor de las tesis anti-ideologistas aquí presentadas, pero que por otra parte también es autor de muchas otras donde todo discurso es reducido a ideología. Resignado a la existencia de dos Marx, el ideologista se limitará a escoger, de entre ambos, al que más le convenga.

Pero si es legítimo invocar esta posibilidad, es apenas en nombre de un análisis escrupuloso que se esfuerza por ser lo más completo posible. Sería inútil, sin embargo, enfrascarnos en un debate en el cual uno de los dos Marx debe ser preferido. En verdad, no hay lugar para apuntar contradicción ninguna en el discurso marxista sobre ciencia e ideología.

Esa imaginaria contradicción consistiría en el hecho de que Marx afirmara, de una parte, la imposibilidad de transformar la ciencia en ideología, su autonomía y su valor como verdad, y de otro lado, en otros textos, sustentara precisamente lo contrario, como por ejemplo en la célebre frase citada arriba (p. 79) y que transcribo nuevamente: "No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino por el contrario, es su existencia social la que determina su conciencia." Instalado en enunciados como éste, el ideologista proseguiría su camino, en compañía de un Marx amputado y un poco vacilante... pero aún así en compañía de Marx.

Pero no, esa frase jamás quiso decir que *toda* conciencia sea determinada, de la misma manera y al mismo nivel, por la existencia social de los hombres. Sin duda, el discurso que expresa una conciencia enteramente determinada por la existencia social es al que Marx llamaba ideología. Pero no solamente es evidente, para Marx, la posibilidad de calificar su propia conciencia como enteramente determinada por su existencia social, esto es, la de un intelectual burgués de izquierda refugiado en Inglaterra... —pues esto tornaría absurdas las pretensiones de verdad de su discurso, así como sus apelaciones a la discusión crítica (¿con quién?). Más aún, basta atender a cual es el *objeto* de ese enunciado de *crítica* para que se disipe inmediatamente una hipótesis de tal gravedad.

Hay que reparar simplemente en que Marx está hablando *de ideología*, y no de toda conciencia posible. Lo que aparece con toda claridad en la *Ideología alemana*, es la primera versión de aquella frase de *La crítica*, "No es la conciencia lo que determina la vida, es la vida la que determina la conciencia" (p. 158). En la segunda versión, además de substituir la "vida" por la "existencia", lo que no constituye un cambio fundamental en el sentido, sólo añade la especificación de que se trata de la existencia (o vida) *social*. Adición importante, pero no en el contexto presente. En éste lo que importa hacer notar es que se trata de la misma inversión del punto de vista tradicional, según el cual es la conciencia la que determina la existencia humana. Lamentablemente, se va tornando a su vez "tradicional" la interpretación de la frase de *La crítica* como si se refiriera a todas las formas de conciencia, no sólo a las formas ideológicas de conciencia.

El texto de la *Ideología alemana* es bien explícito. Después de proponer la referida inversión del concepto tradicional, pasando a comprender las representaciones como reflejos o ecos ideológicos del proceso vital real, Marx añade: "Las *formaciones vagas* del cerebro de los hombres son necesariamente suplementos de su proceso vital material, empíricamente constatable y ligado a presuposiciones materiales" (*Ibid.*, cursivas mías). Se trata pues de las representaciones *vagas*, no de todas las representaciones. Al especificarlas, inmediatamente, la enumeración de Marx no incluye a la ciencia en el rol de las formas ideológicas: "La moral, la religión, la metafísica y el resto de la ideología, así como las formas correspondientes de la ciencia, no conservan por mucho tiempo, por lo tanto, la apariencia de autonomía" (*Ibid.*).¹⁵ El discurso científico no corresponde a esas formas vagas —y en cuanto a eso Marx se encuentra en numerosa compañía, de Descartes a Popper... o mejor, en compañía de prácticamente toda la gente, con excepción de los ideólogos y tal vez de uno que otro místico medieval.

No está por demás recordar aquí lo que tantas veces se ha señalado: que Marx no dejó una teoría del conocimiento, formulada de modo sistemático e inequívoco. En la historia del pensamiento, esta ausencia es de las que han dado origen a más confusiones. Entre tanto, parece claro que no tenemos el derecho de "reconstituir" esa teoría, sea cual fuere el nombre que se le dé, reduciendo la concepción marxista del conocimiento a una teoría de las ideologías. Este fue apenas el sector de su concepción que Marx dejó formulado. La ausencia de una teoría marxista *de las ciencias* (que no podría confundirse con una teoría materialista de la historia) no puede servir para

¹⁵ Ver los textos aquí citados en las pp. 2 y 4, y también otros de la *Ideología alemana*, p. ej. pp. 184 y 185. La ciencia aparece considerada al lado del derecho, etc., en una nota sobre el trabajo al final de la *Primera Parte de la Ideología alemana*: "No hay historia de la política, del derecho, de la ciencia, etc., del arte, de la religión, etc." (*op. cit.*, p. 250). Pero se trata de una nota suelta, sin elaboración, que no constituye indicación alguna de la reducción de la ciencia a la ideología.

fundamentar el ideologismo. Las indicaciones de Marx en cuanto a la diferencia, y la superioridad, del discurso científico en relación a la ideología, son suficientes para prohibirnos cualquier confusión de esos dos niveles tan distintos.

La forma polémica en que los textos de Marx proceden a la crítica del idealismo (hegeliano y post-hegeliano) también han contribuido a esa confusión: la negación de una teoría *pura*, desligada del mundo, aparenta ser también una negación de la posibilidad de un discurso que no sea simple reflejo de la existencia social (reflejo que es siempre una imagen deformada), y sin “espejo” de esa existencia, correcto y riguroso, capaz de mostrar esa existencia tal como ella es. Véase la *Ideología alemana*, sobre las consecuencias históricas del momento en que se da la división entre trabajo material y trabajo intelectual: “A partir de ese momento la conciencia puede realmente imaginar ser otra cosa que la mera conciencia de la práctica existente, y que verdaderamente representa alguna cosa sin representar nada real —a partir de ese momento la conciencia está en condiciones de emancipar el mundo y de pasar a la formación de la ‘teoría pura’, de la filosofía, de la moral, etc.” (p. 170). El tono irónico y polémico desvía aquí la atención de la ambigüedad de la expresión *conciencia de la práctica existente*: se trata sólo de la conciencia *ideológica*, pero es fácil caer en la tentación de ver aquí una referencia a todo lo que en lenguaje corriente se acostumbra designar con el término *conciencia* —que incluye esa forma perfeccionada, y no deformada, de conciencia de la realidad a la cual también se llama *conocimiento*, y a la cual también se llama *ciencia*, y que ambos textos de Marx oponen irreductiblemente a esa otra forma de conciencia que se llama ideología.

El ideologismo se manifiesta sobre todo como discurso difuso con preferencia por la expresión oral, o por la expresión escrita “menor”, en periódicos y revistas. Y sobre todo se transparenta en la facilidad de ciertas condenas, de ciertas opciones por esta o aquella orientación teórica, acompañadas sólo, a guisa de “justificación”, de una rotulación ideológica de las más sumarias. Pero a veces el ideologismo aflora a la superficie con más nitidez, como discurso que se asume en cuanto tal. Y esto permite la selección de algunos ejemplos.

La época del stalinismo fue de las más fértiles en la producción del discurso ideologista. No es de sorprender, por lo tanto, que de ahí nos lleguen las más preciosas gemas, como esta “información” sobre el psicoanálisis: “El freudismo constituye una de las armas del imperialismo fascista americano, que sirve a la ‘doctrina’ de la subordinación de la conciencia al ‘subconsciente’ para justificar y desarrollar las tendencias e instintos humanos más bajos y más repugnantes”. Como se ve, se comienza por el rótulo ideológico para después decir... no importa qué. Otro ejemplo, tratando de definir *cibernética*: “Falsa ciencia reaccionaria, nacida en los E. U. A. Por su esencia, la

cibernética está dirigida contra el materialismo dialéctico, contra la fisiología científica, contra la concepción marxista científica de las leyes de la vida social. Esta falsa ciencia mecanicista y metafísica está en perfecto acuerdo con el idealismo." Ambas "definiciones" constan en el *Pequeño Diccionario Filosófico* de Rosenthal y Yudine.¹⁶ Dispéñeseme de mayores comentarios.

Pero dejemos de lado este tipo de publicaciones de las que no se puede esperar sino la más extrema mediocridad. Veamos los escritos de pretensión "teórica". Estos generalmente evitan la rudeza de las definiciones claras, como evitan también confesar abiertamente el reduccionismo ideológico que los inspira. Pero ese reduccionismo se encuentra subyacente en la táctica oblicua más frecuente, que es el ataque contra la distinción entre la ciencia y la ideología. Véanse las críticas de Rancière contra Althusser: "El juego es perfectamente claro: la distinción entre ciencia e ideología es aquello que permite que la distinción entre división técnica y división social del trabajo pase por una línea de demarcación clasista." Anteriormente Rancière había afirmado: "La distinción entre la división técnica y la división social del trabajo se explica en la Universidad como distinción entre la Ciencia y la Ideología."¹⁷ Y a este rechazo implícito de una distinción claramente establecida en los textos de Marx va a juntarse la sordera frente a la apelación de Marx al debate científico: "El papel de los revolucionarios no consiste en imponer a estas pseudociencias [las ciencias humanas] exigencias de calidad científica, o en conducir las a la calidad científica ideal de las matemáticas o de la física. Consiste, por el contrario, en oponer a las ideologías burguesas la ideología proletaria del marxismo-leninismo" (p. 24). O sea, todo ha sido dislocado por Rancière del terreno de la discusión sobre la validez de los resultados de las ciencias, que era el terreno de Marx, para pasar la pura y simple fatiga ideológica.

Por otro lado, Rancière recurre al expediente de la caricatura —los ideales de la matemática o de la física de modo alguno resumen el conjunto de los problemas de la ciencia— para pretenderse autorizado inmediatamente a rechazar toda discusión sobre lo que pueda caracterizar a la ciencia. Para Rancière, la misma teoría althusseriana es digna de la habitual reducción a ideología, pues "permanece en el terreno de las ideologías que pretende combatir". Más aún: "a su modo, esta teoría refleja la posición de clase de los intelectuales pequeño-burgueses" (p. 40). Como sería de esperarse, Rancière, jamás discute la validez de las pretensiones de Althusser al rigor científico de su teoría, y se limita a "denunciar" esa misma noción de rigor: "cuando alcanza su rigor fundamental, éste se revela como lo que es: un rigor bur-

¹⁶ Citado en el libro de Kostas Papaionnou, *Marx et les Marxistes* (París: Flammarion, 1962), p. 396.

¹⁷ Jacques Rancière, *Sobre a teoria da ideologia*, tr. Luz Cary y José Joaquín Moura Ramos (Porto: Portucalense Editora, 1971), p. 17.

gués (p. 41). Falta a Rancière sólo una cosa, para mantener al menos una cierta coherencia dentro de su incoherencia: denunciar también aquel rigor y exactitud en que Marx tanto insistía, como algo que no pasa de ser un rigor burgués...

¿Cómo comprender ese extraño fenómeno del ideologismo? Por un lado, la realidad social en su conjunto (incluyendo la realidad cultural y científica) no parece presentar elementos capaces de justificar la tesis según la cual todo discurso (o todo discurso, menos el de una cierta clase) puede ser reducido al nivel de ideología. La ideología aparece como un hecho de extrema importancia en todas las sociedades conocidas. Identificarla y conocerla es una de las tareas más necesarias. Mucho más de lo que se presenta como cultura "desinteresada" o como ciencia "imparcial" puede ser esclarecido por un análisis hecho en términos de ideología, por una crítica de las ideologías. Sin embargo, ni toda cultura ni toda ciencia han podido ser interpretadas satisfactoriamente en los términos del reduccionismo ideológico, y el dogma del ideologismo es uno de los principales obstáculos al esfuerzo de proseguir el análisis que pueda separar el trigo de la cizaña.

Por otro lado, si las posibilidades de análisis crítico de las ideologías se debe sobre todo al impulso que le dio Marx, es precisamente la propia obra de éste la que viene a desautorizar el ideologismo que la reclama para sí. No se olvide lo que se vio arriba: la ideología es una forma primaria de manifestación de la ciencia humana. Las ideas y representaciones ideológicas son lo que aparece primero —pero de ese plano primitivo se desprende después, según Marx, el proceso del conocimiento propiamente dicho, que ya no es más una adaptación deformante de la realidad, tendente a ofrecer de ésta una figura capaz de servir determinados intereses de clase, y sí el proceso adecuado a esa realidad, que viene a ofrecer la figura verdadera de esa misma realidad. Y hemos visto también que para Marx ese proceso no comienza ni con su propia obra ni con la intensificación de la lucha de clases. Marx reconoce la existencia bien anterior a ambas no sólo de las ciencias de la naturaleza, sino también de un conocimiento científico, aunque troncado y limitado por la ideología, que es el conocimiento de la historia, de la economía, de la sociedad.

Para comprender el ideologismo tal vez valga la pena reflexionar sobre una observación de J. Ytzigsohn con respecto a la investigación científica en la URSS. Uno de los factores que obstruyeron gravemente el desarrollo científico en la Unión Soviética, en diversos campos, fue la tendencia a "considerar muchos fenómenos complejos como definitivamente resueltos, de manera prematura, adoptando como única explicación válida una de las corrientes en lucha, capaz de ofrecer, por lo menos en apariencia, una *sensación de dominio inmediato* de los fenómenos estudiados". Complemento de esta actitud, naturalmente, era la calificación de las corrientes descartadas como "refle-

jo de la ideología capitalista".¹⁸ Quiero llamar la atención especialmente sobre la expresión subrayada arriba: la sensación de dominio inmediato de los fenómenos quizá sea uno de los elementos que puede explicar la relativa popularidad del ideologismo. Aplicando sus dogmas a tontas y a locas, el ideologista experimenta una intensa sensación de seguridad, adquiere la ilusión de tener el mundo en la palma de la mano. Así el esfuerzo exigido por un verdadero conocimiento de la realidad deja de ser necesario. El ideologista nada en un océano de certezas simples y se agarra a sus dogmas con tanta mayor desesperación cuanto mayor es la agradable sensación de seguridad que experimenta.

El caso del ideologista es por tanto, quizá, un caso de conciencia feliz, pero también un caso de conciencia enferma. Y no es difícil identificar la conclusión a que nos conducen estas reflexiones: entre el discurso del ideologista y el del ideólogo comenzamos a descubrir un cierto aire de parentesco... Si Marx conociese hoy, como nosotros los conocemos, estos ejemplos más recientes de conciencia deformada, sin duda encontraría muchas aproximaciones entre el discurso ideológico de su tiempo y el discurso ideologista que infesta el nuestro.

JOÃO PAULO MONTEIRO
(Trad. de Edgar Llinás Álvarez)

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE SAO PAULO

¹⁸ L. S. Vygotski (Ed.), Prefacio a *Pensamiento y Lenguaje* (Buenos Aires: La Pléyade, 1973), p. 11; cursivas mías.